

LA EX / LA MUJER

Tess Stimson

Traducción: Carmen Bordeu

MOTUS

CAPÍTULO 1

El presente

LAS DOS ESTAMOS CUBIERTAS DE sangre. Sangre arterial brillante y oxigenada. Mi camisa está empapada. Tengo sangre en la boca, en las fosas nasales; la puedo sentir cuando respiro, puedo paladearla. Salada y metálica, como si hubiera chupado una barra de metal oxidada.

Me balanceo hacia atrás sobre los talones y me quito el pelo de los ojos. La pelea mortal nos ha dejado a las dos sin aliento, jadeantes. A tres metros de distancia, ella logra sentarse con dificultad; el brazo izquierdo le cuelga inerte a un lado.

El cuchillo yace en un charco de sangre rojo rubí brillante entre ambas. No le quito los ojos de encima ni por un segundo. Ella desliza la mirada hacia el filo del cuchillo y después la vuelve hacia mí.

El teléfono está fuera de mi alcance, dentro de mi bolso junto a la puerta. De todos modos, no tendría sentido llamar a una ambulancia. Él está muerto. Nadie que ha perdido tanta sangre puede sobrevivir.

Se escuchan gritos afuera. Personas que corren. La cabaña de la playa está separada del edificio principal del hotel, pero

el sonido se propaga a través del agua. Alguien ha escuchado los gritos. La ayuda está en camino.

Ella también se da cuenta. Sosteniendo el brazo dislocado contra su pecho, se vuelve con rapidez hacia la puerta abierta que da a la terraza, sopesando sus posibilidades. Es apenas un primer piso, y debajo hay arena blanda, pero la marea está subiendo y cortando la plataforma elevada, y ella no está en condiciones de trepar por los peligrosos escalones de los acantilados. De todas maneras, se está quedando sin tiempo; los gritos suenan al otro lado de la puerta.

Se vuelve hacia mí y se encoge de hombros: “No se puede ganar siempre”. Luego se echa hacia atrás, se apoya sobre el borde del sillón y cierra los ojos.

El bullicio de fuera se intensifica. La puerta tiembla y se astilla. Dos hombres irrumpen en la habitación, seguidos por una marea de rostros blancos. Detecto el espanto en sus ojos cuando observan la terrible escena. Uno de ellos se vuelve y cierra la puerta, pero no antes de que un teléfono móvil emita un destello entre la multitud.

Ahora, finalmente, tal vez todos me crean.

CELIA MAY ROBERTS
ENTREVISTA GRABADA: PRIMERA PARTE

Fecha: 25/07/2020
Duración: 41 minutos
Lugar: Hotel Burgh Island

**Realizada por inspectores de policía de Devon y
Cornualles**

- POLICÍA: Esta entrevista está siendo grabada. Soy el detective John Garrett, inspector superior de la Unidad de Delitos Especiales a cargo de la investigación de la muerte violenta de Andrew Page, ocurrida en el Hotel Burgh Island a primera hora del día. Hoy es sábado 25 de julio de 2020 y mi reloj marca las 15:40 horas. ¿Nombre completo, por favor?
- C. R.: Celia May Roberts.
- POLICÍA: Gracias. ¿Podría confirmar su fecha de nacimiento?
- C. R.: No entiendo qué importancia puede tener.
- POLICÍA: Solo para dejar constancia, señora Roberts.
- C. R.: 14 de febrero de 1952.
- POLICÍA: Gracias...
- C. R.: ¿Quiere saber algún dato más sobre mí? ¿Qué número calzo? ¿De qué signo soy? No he matado a mi yerno. En vez de perder el tiempo conmigo debería...
- POLICÍA: Señora Roberts, no es mi intención ser grosero, pero la parte de la introducción es importante. Así que lamento tener que interrumpirla.

C. R.: [Inaudible].

POLICÍA: Entiendo que todo esto le resulte molesto, señora Roberts. ¿Quiere una taza de té antes de que continuemos?

C. R.: No, gracias. [Pausa]. Lo siento. No he querido ser maleducada. Es solo que... todos queríamos mucho a Andrew. No puedo creer lo que está pasando.

POLICÍA: No se preocupe, señora Roberts. Podemos esperar cuanto necesite.

C. R.: En realidad, creo que prefiero hacerlo todo de una vez y así poder reunirme con mi hija y mis nietos...

POLICÍA: De acuerdo. Presente aquí conmigo se encuentra la...

POLICÍA: Sargento detective Anna Perry.

POLICÍA: Señora Roberts, sé que esto es difícil, pero ¿podría decirnos qué...?

C. R.: Caroline lo ha matado.

POLICÍA: ¿Se refiere a la mujer actual, la señora Caroline Page?

C. R.: Sí.

POLICÍA: ¿Presenció...?

C. R.: Vi a esa mujer de pie junto a él, la pillé *in fraganti*. Había sangre por todas partes. Debería arrestar...

POLICÍA: ¿Había alguien más?

C. R.: Mi hija, pero...

POLICÍA: ¿Louise Page es su hija? ¿La exmujer del señor Page?

C. R.: Sí.

POLICÍA: ¿Qué estaba haciendo ella cuando usted llegó?

C. R.: Estaba en el suelo con Andrew. Tenía su cabeza en el regazo.

- POLICÍA: A ver, para ser claros, señora Roberts. Usted no vio a Caroline Page apuñalar a su marido. Y no había nadie más allí, excepto su hija y la señora Page, ¿verdad? ¿No vio a nadie entrar o salir de la cabaña de la playa?
- C. R.: Había un par de empleados fuera que intentaban evitar que la gente entrara. Y por supuesto, muchas personas llegaron al lugar al mismo tiempo que yo. Todos escuchamos los gritos... se podían oír desde la mitad de la isla. Min estaba ahí, y mi hijo, Luke...
- POLICÍA: Pero no había nadie más *dentro* de la cabaña de la playa cuando usted llegó, salvo las dos mujeres, ¿no es cierto?
- C. R.: Ya se lo he dicho, Caroline...
- POLICÍA: Señora Roberts, atengámonos a lo que vio. [Pausa]. ¿Tal vez me pueda decir en primer lugar qué estaba haciendo usted en el Hotel Burgh Island?
- C. R.: [Pausa]. Mi marido y yo estábamos celebrando nuestras bodas de oro.
- POLICÍA: Felicidades.
- C. R.: Gracias.
- POLICÍA: ¿Habían preparado una especie de reunión familiar?
- C. R.: Sí, lo habíamos estado organizando desde el verano pasado.
- POLICÍA: ¿Y de quién fue la idea de invitar a su exyerno?
- C. R.: Andrew forma parte de la familia. Se daba por sentado.
- POLICÍA: ¿Y también habían invitado a su nueva mujer?
- C. R.: ¿Qué pensaba su hija al respecto?
- C. R.: Se divorciaron hace cuatro años. No es la primera vez que compartían un evento familiar

- Hace unas semanas cenamos todos juntos después de la obra de teatro del colegio. Louise es más fuerte de lo que parece.
- POLICÍA: Según su nuera Min, así se llama, ¿verdad?... Nos ha dicho que ella y su hijo Luke le rogaron que no invitara al señor Page y a su mujer.
- C. R.: Louise me comentó a mí que no le importaba.
- POLICÍA: Señora Roberts, esto era bastante más que un simple encuentro en una función escolar, ¿no le parece? Un fin de semana entero en una isla compartiendo una celebración familiar íntima con la mujer que había huido, lo siento, con su marido. Los ánimos estarían caldeados, sin duda.
- C. R.: Ya se lo he dicho, Louise quería que Caroline asistiera.
- POLICÍA: ¿A pesar de la llamada a la policía el mes pasado por un altercado entre ellas?
- C. R.: Louise me dijo que quería hacer las paces por el bien de los niños.
- POLICÍA: ¿No se le ocurrió que pudiera haber otro motivo por el que su hija querría a su exmarido y a su nueva mujer allí?
- C. R.: ¿Cómo cuál?
- POLICÍA: Eso es lo que estamos tratando de determinar, señora Roberts. [Pausa]. ¿Tenía usted algún otro motivo para invitar a Caroline Page y a su marido, señora Roberts?
- C. R.: [Inaudible].
- POLICÍA: ¿Señora Roberts?
- C. R.: Por el amor de Dios. *A posteriori* todo es más fácil, ¿verdad, inspector?

SIETE SEMANAS ANTES DE LA FIESTA

CAPÍTULO 2

Louise

TODOS EN LA FAMILIA HAN recibido una invitación formal a la fiesta de mi madre. Papel vitela de grano grueso, tipografía Eduardiana, letras en relieve, todo lo que uno se pueda imaginar. Bella coloca la nuestra en el lugar de honor, sobre la repisa de la cocina, apoyada sobre el perro de plastilina que le hizo a Andrew para el Día del Padre cuando tenía cinco años. Andrew llevó el perro a la oficina y se lo mostró a todos con mucho orgullo, convencido de que la niña era una especie de prodigio artístico. No se lo llevó con él cuando se marchó siete años más tarde.

Las palabras en relieve me persiguen por toda la cocina como los ojos de la *Mona Lisa*. Las ignoro mientras vacío el lavaplatos, abro y cierro los armarios con el ritmo habitual y encuentro alivio en la alineación exacta de la vajilla, los cuencos apilados ordenadamente y la disposición militar de los cuchillos, los tenedores y las cucharas en sus compartimientos separados. Todo en su lugar.

Todo menos yo.

Bagpuss se escurre entre mis tobillos, impaciente por su desayuno. Echo un poco de pienso seco en su plato, lo único

que tolera en estos días, y le rasco con cariño detrás de las orejas.

—Aquí tienes, Bags. No comas muy rápido.

El gato artrítico se inclina sobre su comida, viejo y fofito como su tocayo de rayas rosadas y blancas. Le sirvo agua, me preparo un té y me voy fuera. El aire huele a limpio después de la lluvia tan necesaria de anoche, pero ya promete ser otro día caluroso y atípicamente húmedo para junio. Me acurruco en la silla de mimbre que cuelga del manzano, doblo una pierna para colocar un pie debajo del trasero y empujo el suelo con el otro. Solía odiar las mañanas antes de que Bella y Tolly nacieran, pero en estos días valoro esta preciosa media hora de paz antes de que el mundo despierte. Me reclino y cierro los ojos. Es el único momento que tengo realmente para mí.

La invitación me ha perturbado más de lo que estoy dispuesta a admitir. Mi madre ha enviado una a Andrew y a Caz también, aunque le había rogado que no lo hiciera. Ahora tendré que enfrentarme a ellos en mi propio terreno, en el corazón de mi familia.

Cuatro años atrás, me las había ingeniado para eludir el día de su boda limpiando los armarios de la cocina mientras los imaginaba pronunciando los votos matrimoniales, restregando el suelo del baño mientras los visualizaba cortando el pastel y empujando el desfilar cortacésped sobre la hierba de quince centímetros de altura mientras mi mente los veía salir a la pista en su primer baile de casados. Desde entonces, he aprendido a la fuerza a aceptar la presencia de ambos en los actos y las fiestas deportivas escolares. He levantado una coraza a mi alrededor para protegerme. Pero esto es diferente.

Tal vez porque son las bodas de oro de mis padres, un hito que soñaba alcanzar con Andrew. O porque mi madre era el último reducto de resistencia contra Caz, y la invitación finalmente la saca de nuevo a la luz. O tal vez solo necesite unas horas más de sueño. Me quedé despierta hasta las dos de la

mañana corrigiendo los exámenes de mitad de curso de mis alumnos de Medios de Comunicación. Habría terminado antes si hubiera dejado pasar errores de ortografía y gramaticales, pero, a pesar de haber descendido de las alturas de escribir una columna semanal en la calle Fleet, todavía tengo mis normas.

El sol atraviesa el horizonte y una franja de luz dorada cae sobre mi rostro. *Andrew tenía razón*, pienso, mientras abro los ojos y contemplo las colinas ondulantes. A pesar de las dudas iniciales, *he* terminado por amar este lugar.

Todavía puedo verlo de pie sobre el muro bajo de piedra del jardín el día que conocimos la casa por primera vez, hace casi diecisiete años, con los brazos bien abiertos y una expresión feliz en su cara mientras describía con entusiasmo nuestra vida aquí. Un lugar donde nuestra hija recién nacida crecería sana y segura, con el viento en su cabello y el césped entre los dedos de los pies. En aquel entonces, yo me resistía a abandonar Londres; no por mi columna en el *Daily Post*, que podría haber escrito desde cualquier otro lugar, sino porque la ciudad me hacía sentir viva, conectada, como si tuviera el mundo a mi alcance. Odiaba la idea de renunciar a todo eso para instalarme en un lugar en ruinas y en medio de la nada que requeriría un gran esfuerzo económico. Pero Andrew lo deseaba mucho, y en aquellos días le habría dado todo lo que me pidiera. Nunca se me ocurrió que terminaría viviendo aquí sin él.

El teléfono suena en el bolsillo de mi bata y me sobresalta. Lo cojo y deslizo un dedo hacia la derecha; el rostro de mi cuñada aparece en la pantalla.

—¿Estás a punto de acostarte o te acabas de levantar? —pregunto. Me pongo de pie y vuelvo a la cocina.

—Acabo de terminar un doble turno en el hospital —dice—. He llegado a casa hace un par de minutos.

Parece tan descansada como si acabara de llegar de pasar quince días en Hawái. Con cuarenta y siete años es apenas cuatro años mayor que yo, pero, a juzgar por la imagen en el

diminuto recuadro de *FaceTime*, yo podría parecer su madre. Mi cabello castaño opaco necesita con urgencia unos reflejos y mis ojos azules lucen turbios y apagados.

—¿Una noche tranquila? —pregunto y apoyo el teléfono en la encimera de la cocina.

—Un accidente múltiple en la M23. Terrible —responde Min anticipándose. Su imagen se mueve de arriba abajo mientras camina hacia el estudio. Apoya el teléfono y sacude un sobre frente a la pantalla—. Adivina qué me he encontrado en el felpudo de entrada.

Amo a Min. Es graciosa e inteligente y hace muy feliz a mi hermano Luke. Pero no tiene límites, y ya sé dónde terminará esto.

—Antes de que preguntes, sí, Andrew y Caz están invitados —afirmo y coloco otra bolsita de té en mi taza vacía—. Mi madre quiere reunir a toda la familia para su gran día. Y ya sabes cuánto adora a Kit.

—Entiendo lo de Kit, pero ¿por qué Celia la ha invitado a *ella*?

—Porque Andrew no vendría sin ella.

Min parece indignada.

—Esa mujer debería tener la decencia de no aparecer —replica—. Para ser sincera, no puedo creer que Andrew tenga las agallas de venir.

—Puedes llamarla por su nombre, sabes. Tampoco es Voldemort.

—No tienes por qué pasar por esto, Lou. No te conviertas en una mártir. Podrías plantarte y decirle que no a Celia.

No voy a morder ese anzuelo. Nadie le dice que no a mi madre, ni siquiera Min.

No es que no aprecie la lealtad de mi cuñada. Nunca hubiera sobrevivido los meses espantosos que siguieron a la partida de Andrew si no hubiera sido por ella, sobre todo, con una niña de doce años traumatizada y un bebé recién

nacido a quienes cuidar. El más pequeño de los cuatro hijos varones de Min todavía usaba pañales en esa época, pero ella siempre estaba ahí cuando yo la necesitaba. Min llevaba a Bella al colegio aquellas mañanas en las que yo no podía levantarme de la cama, se aseguraba de que yo comiera y me ayudó con los dolorosos trámites del divorcio: encontrar un abogado decente, guardar la ropa de Andrew en cajas, volver al trabajo. Me escuchaba con paciencia mientras yo lloraba con una copa de vino en la mano y trataba de entender lo que había sucedido. Y cuando estuve a punto de sucumbir ante la desesperación, ella me dio la dosis exacta de amor y firmeza que necesitaba para empezar a vivir de nuevo.

Lo que más le cuesta aceptar es mi necesidad de dejar atrás el pasado de una vez y perdonar a Andrew. Su constante hostilidad hacia él es casi tan agotadora como la serena negación de mi madre a aceptar que él nunca volverá.

Andrew me rompió el corazón. Pero han pasado cuatro años. Y si no dejo ir este resentimiento, terminará por consumirme. Sigue siendo el padre de Bella y Tolly, y ellos le aman.

No importa lo que piense Min, no soy una víctima ni dejo que nadie pase por encima de mí. He aprendido a soportar la presencia tóxica de Caz en mi vida. ¿Qué opción tengo? Es la mujer del padre de mis hijos. Y la madre de su medio hermano. De una manera perversa, me guste o no, eso la convierte en familia.

—Por favor, Min, olvídale —le pido con desgana—. Es solo un fin de semana en mi vida. Supongo que podremos pasarlo sin matarnos los unos a los otros.

—Tenemos casi siete semanas —responde Min, en un precipitado cambio de táctica—. Hay una dieta maravillosa, te va a encantar. Una combinación de la dieta paleo y la de los grupos que cuentan las calorías; vas a perder cinco kilos sin darte cuenta. Te prestaría algo mío para que te pusieras, pero eres demasiado alta...

Escucho unos pequeños pasos arriba y cierro la puerta de la cocina para que nadie me escuche.

—No estoy tratando de competir con Caz, Min. Ya no tengo oportunidad. Tiene veintinueve años y el aspecto de una modelo, mientras que yo tengo los pechos casi en el ombligo y arrugas hasta en las orejas. Podría seguir una dieta hasta el final de mis días y jamás tendría sus pómulos. —Dejo escapar un suspiro—. Aprecio que quieras levantarme el ánimo, pero, aunque me sometiera a un cambio de imagen como hacen las famosas, no serviría de nada. ¿Qué sentido tendría destruir la familia de Kit ahora?

—Volvería a unir a *tu* familia.

—No. No lo haría.

El ceño fruncido de Min ocupa toda la pantalla.

—Eres demasiado buena.

Vuelvo la vista hacia la invitación que está sobre la repisa. Andrew y yo teníamos un trato. Un acuerdo que no incluía aceptar invitaciones a la celebración de las bodas de oro de mis padres ni, en su caso, acercarse al resto de la familia. Un trato que él ha roto, a pesar de que le dije que tendría consecuencias.

—En realidad, Min —digo y pongo la invitación boca abajo—. No soy tan buena.